

Norbert Lechner

EL COMPROMISO DE UN EXIMIO INTELLECTUAL

La Revista Uruguaya de Ciencia Política se suma al profundo pesar que causara en la comunidad académica latinoamericana e internacional el fallecimiento del Dr. Norbert Lechner, en Santiago de Chile, en febrero de 2004, a los 64 años de edad. Lechner se formó en Ciencia Política en Alemania, en la Universidad de Freiburg, pero desde 1969 se había radicado en Chile, donde se desempeñó como Investigador y Director de FLACSO, revistiendo en las filas de ese centro universitario en México. Lechner nos dejó un vasto legado académico en el que cobró particular destaque –como dice la declaración póstuma de FLACSO– “su deambular sereno, riguroso y comprometido por los «patios interiores de la democracia»”, desde donde realizó valiosos aportes a los problemas y dilemas políticos latinoamericanos. Entre sus principales obras se destacan: *Estado y política en América Latina*, 1981; *¿Qué significa hacer política?*, 1982; *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, 1984; *¿Qué es el realismo en política?*, 1987; *Los patios interiores de la Democracia*, 1988; *Capitalismo, democracia y reformas*, 1991; *Sombras del mañana*.

Acaso como semblanza de este destacado pensador e investigador de las Ciencias Políticas Latinoamericanas, y a cuenta de un análisis posterior de su obra, sirva la reproducción de las palabras que él mismo pronunciara en ocasión de recibir la nacionalidad chilena por especial gracia, en la ceremonia oficial realizada en el Senado de Chile, el 7 de agosto de 2003:

“No hay identidad individual sin referencia a una identidad colectiva. En particular, la identidad nacional de «ser chileno» o «ser alemán» es parte de cualquier auto-imagen que pueda formular de mí mismo. Vale decir, independientemente de cómo me auto-defina, mi Yo siempre estará inserto en una historia que comienza antes y que continuará después de mí. De modo que, por otro lado, la nación parece prescindir del individuo. Ella encarna precisamente la comunidad de hombres y mujeres que existe desde antes de que hubiéramos nacido y que sobrevivirá a nuestra breve estancia, compensando así la futilidad de la vida singular [...] Mi identificación con Chile no es algo «normal y natural»; es construida. Es mi interés por la recién inaugurada «revolución en libertad» de Frei Montalva que me motiva a desembarcar en enero de 1965 en el aeropuerto de Cerrillos y a preparar la primera tesis de doctorado politológica en Alemania sobre ese país lejano. Después de aquellos años de aprendizaje inicial, regreso a Chile en 1971 con la voluntad de compartir la nueva experiencia de cambio social que había anunciado Allende. Este lazo voluntario, no natural, con Chile adquirió un carácter deliberado y definitivo en septiembre de 1973. Son días que exigen de manera apremiante una decisión [...] No me moví de Chile y, en particular, de FLACSO-Chile por 20 años (1974-1994), plazo suficiente para hacerme chileno. Me chilenicé de facto porque la vida cotidiana durante los

años de Pinochet conforman una experiencia indeleble y porque toda mi producción académica gira en torno a ella. Por muy teórica que sea la investigación social, su referencia final está dada siempre por la realidad social. Pues bien, a fuerza de vivenciar los avatares de la historia chilena durante un período tan importante, la identidad chilena nunca fue una esencia inmutable. Para mí, Chile es una experiencia práctica. Una experiencia concreta en la cual aprendo no sólo que la nación chilena configura un proceso histórico que cada instante va abriendo y cerrando opciones de desarrollo, sino asimismo que lo nacional es algo construido día a día por el conjunto de las fuerzas sociales. Me hice todavía un poco más chileno durante los tres años que pasé en México; una experiencia maravillosa que invitaba a prolongar la estadía. Entonces inicio otro ciclo, ahora en la oficina chilena del PNUD donde encuentro un equipo humano de calidad y calidez extraordinarias. Y actualizo las viejas amistades que antaño acogieron en su casa a un joven alemán. La nueva mirada sobre Chile, inaugurada por los informes del Desarrollo Humano, llama la atención sobre desafíos que no habían sido verbalizados. Así, el último estudio ayuda a replantear la identidad nacional en las actuales circunstancias. Cabe preguntarse, en definitiva, cómo hacemos de la multitud de gente, cada cual persiguiendo su bienestar personal, una comunidad de ciudadanos. Reflexionar acerca de la significación de la nación en términos democráticos, nos lleva a las preguntas de fondo de cualquier forma de convivencia. ¿Qué valores deben tener prioridad, sobre qué bases podemos exigirnos un respeto mutuo, a qué tipo de reconocimiento aspiramos? De la concepción de la nación como una comunidad de ciudadanos se deriva una idea de nacionalización que toma cuerpo en la ceremonia de hoy. La nacionalización no como una especie de asimilación homogeneizadora, sino como auto-afirmación de un estilo de convivir en la diversidad. Nunca seré un «chileno típico»; no me hago ilusión alguna. No pierdo mi acento germano, no me gusta el mote con huesillos, nunca he bailado cueca. Pero tampoco es ese el «carácter nacional», uniforme e inmutable, al cual se me invita. Cuando el Honorable Congreso de la República decide incorporarme a la nación chilena, es para ratificar un principio constitutivo: la pluralidad de intereses y opiniones, la confrontación de memorias y experiencias, la conversación sobre interpretaciones y expectativas. Visto así, esta ceremonia (sus motivos y rituales) es una manera de poner en escena la imagen que se hace la sociedad chilena de sí misma, de su historia y de su destino. Permítanme pues una primera reacción de chileno: ¡Viva Chile, miedga! [la transcripción incluye el acento alemán].”

Norbert Lechner